

LA MALDICIÓN DEL CASTOR

I

Diego y María estaban siempre juntos, hasta que un día dejaron de estarlo. Después de cinco años de relaciones, todos pensábamos que sus paseos y confidencias se sellarían un día frente al altar y que Manuel, el padre de la novia, se coronaría como rey de las carnes con el banquete en su mesón, frente a la competencia que le hacía el príncipe Tarranino, que acababa de abrir otra franquicia a la entrada del pueblo.

Pero somos así, complejos y frágiles, y el amor que “mueve el Sol y las demás estrellas” no pudo desplazar el pasado. Lo decíamos en los corrillos del frontón, lo pensábamos en voz alta en la peluquería o la pastelería y no había noche que no nos acostáramos con ese runrún, sobre todo si veíamos a María sola por el campo y a Diego en el bar, torpón con los dardos y con un cubo de botellines en la mesa. “¿Tú crees que lo ha dejado ella o él?”, y la pregunta desbocaba las conjeturas y nos traía a la mente el rostro de Emilio *el Castor*, a quien Diego visitaba una vez al mes en el kilómetro 391 de la autovía Madrid-Cádiz, la cárcel de Córdoba.

Diez años atrás, los periodistas plantaron sus reales en el pueblo, entrevistaron al alcalde e interrogaron a los vecinos de la calle La Cuesta, en cuyo número 5 vivían Emilio, Dolores y Diego, entonces un chaval de diecisiete años que se preparaba para una Selectividad que nunca hizo. No había modo de esconderse –la villa es chica y las cámaras abultan demasiado–, pero éramos conscientes de que esos forasteros, con sus micrófonos y sus libretas, no eran sino aves de paso: cuando la violencia machista los reclamara en otro nido, las señas de nuestro pueblo se perderían en el remolino salvaje de la actualidad y, fuera de nuestros límites, nadie recordaría el caso.

A mí no me preguntaron, y me alegro. ¿Qué podría haberles dicho yo? La única persona con derecho a hablar, Dolores Hinojosa, estaba muerta. *El Castor* le había partido el cráneo con un trofeo que le dieron a su hijo en unas justas poéticas y el grito de Diego cuando llegó a casa y se

encontró el cadáver de su madre revocaba todas las palabras. Sí, sabíamos que Emilio era un canalla y que Dolores no lo había denunciado nunca (por su hijo, se repetía, porque a él no le ponía la mano encima y un chico siempre va a necesitar a su padre) y sabíamos que su silencio era un error. Pero, una vez consumado el calvario, ¿de qué servían las palabras? El minuto de silencio, la bandera a media asta, todos y cada uno de los gestos que ejecutamos cuando la realidad se vuelve oscura y viscosa, ¿resucitarían a esa mujer o enterrarían su miedo? La acción de la justicia sería, como siempre, insuficiente, pero a la vez consoladora, y rezaríamos para que el flujo de la vida no se atascara en aquella maldita jornada, cuando Diego llegó del instituto por la tarde, su madre no respondió a su saludo y el terror se instaló para siempre en su alma.

II

Una flecha indica la entrada de mercancías; la otra, el aparcamiento. Relleno el NIS de papá, firmo la hoja y espero un rato antes de irrumpir en el locutorio, como cada mes, y hablar por el telefonillo con ese hombre, el hombre que mató a mi madre. Ha envejecido, camina doblado, habla sin ganas. Nunca he experimentado ninguna lástima por él y vuelvo a casa con una sensación extraña. ¿Por qué sigo yendo a la cárcel, por qué no he dejado de pedir cita para verle, como si me importara su salud física o mental? Su mirada me hace daño y, evidentemente, nunca podré entenderle.

Siempre supe que papá era un monstruo y, sin embargo, preferí mirar para otro lado. Ofrecía apoyo a mi madre solo cuando él no estaba presente y procuraba pasar la mayor parte del tiempo fuera de casa para no escuchar sus peleas. Nunca la pegó delante de mí, pero vi las secuelas de esos golpes y no hice nada para cambiar el rumbo. Me tragué sus caídas por las escaleras, las puertas que se interponían en su camino o sus problemas de circulación para justificar el temblor nuestro de cada día y, cuando los años pasaron y ya no pude escudarme en la inocencia, me refugié en la cobardía. Mi padre era un gigante y, a mis diecisiete años, yo seguía siendo un crío

que soñaba con viajar al fin del mundo y adornaba sus relatos y poemas con la muleta de un diccionario de sinónimos.

La escritura, los estudios, todo era una forma de huir. Deseaba que mi padre cambiara, que volviera a ser el tipo de los álbumes de foto que se había enamorado de mi madre y me miraba con ternura en mi bautizo; pero no sé si ese hombre había existido alguna vez o era un producto más de mi fantasía. Ya no había forma de averiguarlo. En el locutorio, no hablábamos del pasado; de hecho, no hablábamos de casi nada. Le preguntaba si necesitaba algo. Él, qué tal me iba en la fábrica y si ya había conocido a alguien. Nunca bajaba la guardia: “No, no he conocido a nadie”. El nombre de María era sagrado y no permitiría que lo ensuciaran sus labios.

Y, ahora, después de cinco años, habíamos roto. Día tras día, me convencí de que ella no merecía mi pasado ni la amenazaba de un futuro que quizá no pudiera controlar. ¿Y si algo en mi interior me empujaba a seguir los pasos de mi padre? ¿Y si el Dr. Jekyll se transformaba en un cruel Mr. Hyde? Mi padre no siempre fue un hombre violento: puede que, como a mí, le interesara la poesía y que cortejara a mamá con el vocabulario universal que gastan todos los amantes.

Su sangre, que había envenenado mi infancia, estaba arruinando mi juventud, pero tenía claro que la soledad era preferible a la maldición del *Castor*. En el bar, pedía un cubo de cervezas tras otro, examinado por los parroquianos que reconocerían en mis ademanes los gestos de mi padre. Él nunca me preguntaba por ellos en la cárcel. Lo había olvidado a todo: las campanas de la iglesia, el olor de las naranjas, las partidas de mus, a mi madre, a mí. Lo había olvidado todo. Y a todos.

III

Tras concluir el Grado en Psicología en la Universidad de Granada, Julieta abrió su propia consulta en el centro de Córdoba. Le iba bien. Aquel verano, pasaría dos semanas en el pueblo y no hizo falta que su amiga María le dijera nada para ofrecerse a hablar con Diego. Los tres se conocían desde niños. Julieta tenía a Diego por un buen chico, traumatizado por la muerte

violenta de su madre. Que siguiera o no con María le daba igual –las parejas, les repetía a sus pacientes, son una parte importante de la vida, no la vida–, pero se le llevaban los demonios que se flagelara por un crimen que no había cometido.

Su tesis doctoral, inspirada por el caso que había conmocionado a su pueblo diez años atrás, analizaba la persistencia de la violencia de género y los conceptos de victimización y culpa, y proponía una serie de estrategias que había empezado a poner en práctica en su consulta. Era consciente de que al mal no se le derrotaba hablando, pero no se le escapaba que esa liberación tampoco le haría ningún daño a nadie.

–Imagínate, le dijo, que eres el Diego de hace diez años, cuando tu padre mató a tu madre. Vuelve a ver lo que viste, pero con tus ojos de ahora. Sé que te pido mucho, pero lo que quiero es la interpretación que hace el hombre de esos hechos, no la del niño.

–Perdona, Julieta, entiendo el juego, pero no creo que sea aplicable a este caso. En ocasiones recordamos situaciones de la infancia y las pasamos por el tamiz de la experiencia. Es agradable la sensación de poder que eso nos confiere, porque controlamos toda la situación. Así, podemos recordar con una sonrisa las veces que nos engañaron con mentiras piadosas o cómo nos pusimos innecesariamente serios recibiendo una bronca que no era para tanto. Esos momentos hablan de una inocencia que no perdimos entonces, pero que se nos cayó por el camino. Pero, ¿sabes?, no se pueden mirar a la vez las hormigas y los bosques; y la infancia es tiempo de mirar hormigas. ¿Qué sentiría el Diego de entonces ahora? Pues lo mismo. Espanto. Un espanto puro y brutal. Quizá hubiera reparado más –o menos– en que el trofeo se hizo pedazos o puede que exista una manera diferente de ver las manchas de sangre en la infancia o en la madurez, pero, cuando esa sangre es la de tu madre, los matices no importan. Espanto, nada más. Y la misma presión en los pulmones que me impide gritar hasta disolverme en un grito.

–Ya –alcanzó Julieta a articular–. Seguramente tengas razón, pero hay que intentar convivir con ello para que esa tragedia no modifique lo que entendemos por una vida libre. Has dejado a tu novia.

–Lo de María es otra cosa. Yo me sentí culpable, como tantos, por no haber denunciado a mi padre. No es que me creyera las trolas que me soltaban para justificar los moratones, nada de eso. Simplemente pensé que si mi madre me contaba mentiras era porque no quería que supiera la verdad. Que la muy inocente creía que me engañaba. De modo que me comporté como un hijo obediente y abracé sus embustes tal como ella quería, fingiéndome engañado. Cosa más egoísta. Me acurruqué en esa añagaza a la espera de que el tiempo pasara página. Fui culpable, sí, por haber esperado a que mi madre pidiera ayuda, como todos, como los vecinos, como el teléfono que te obliga a que lo marques para poder ayudarte. Ajeno, como todos, al hecho de que a un cautivo no se le puede pedir que comience la fuga, porque está cautivo. No, señor, a un prisionero hay que ayudarle a escapar ¡rescatándolo! No esperando con el coche para la fuga, a la puerta de la cárcel, día tras día, año tras año. Lo que sucede con María tiene algo que ver con esto... Necesito saber qué convierte a un hombre en un salvaje, qué hizo que mi padre dejara de ser cualquier cosa que le importase para ser, eternamente, el asesino de mi madre. Mi padre era jovial, tenía amigos. Se le daban bien muchas cosas de las que se sentía orgulloso y todo lo tiró para ser un presidiario. Debe haber alguna razón detrás de esa sinrazón, y esa razón es lo que me obsesiona. No ha habido un solo día desde entonces en que no haya intentado comprender el “porqué” de mi padre. Y cuando llegue el día en que lo entienda, si es que llega, no me gustaría tener a nadie cerca.

Diego resopló, como si se vaciara por dentro, como si se hubiera dado cuenta de que seguía atado a un pasado indescifrable, aplomado de miedo.

–¿Llamarás a María?

–Llamaré a María.